Chascón contra Tarrán

Chascón

Nº15
Año 1

4D

CHASCON

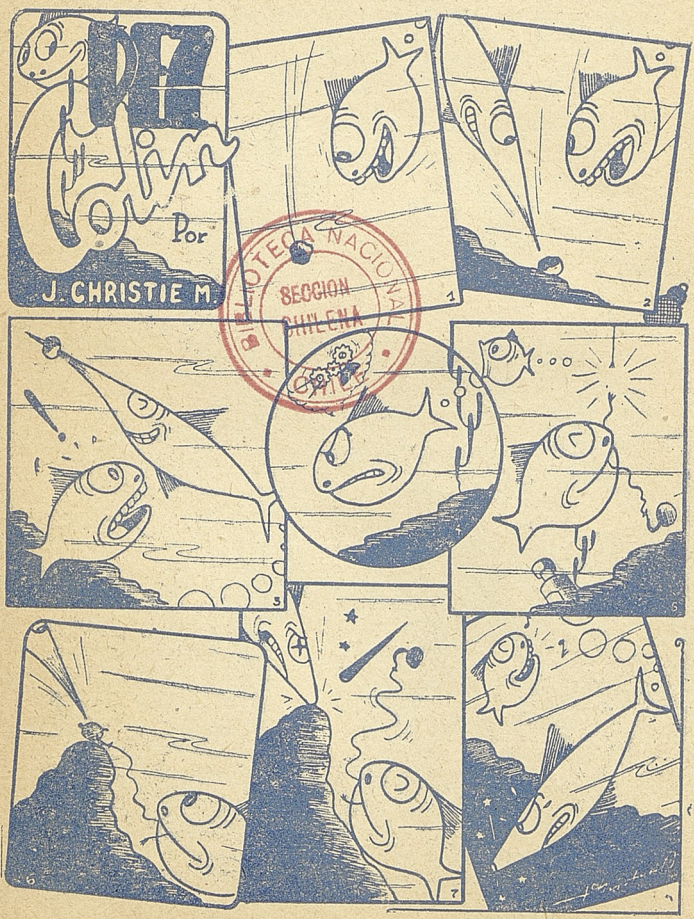
AÑO I — N° 15

Agosto 5 de 1936

Redacción y Administración: Agustinas 1639.—Casilla 2787

REVISTA SEMANAL DE CUENTOS INFANTILES

LAS AVENTURAS DEL PEZ COLIN



BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA

En el fondo del mar, el Pez Colin—un nuevo amigo de nuestros lectores—se ingenia bastante para encontrar alimento

Chascón contra Tarzán

Episodio N.o 15

Después de que el Hombre-León hizo volar por los aires a Tarzán, se rió muchísimo de ver a Chascón en actitud de combate. Dijo en alta voz:

—¡Qué hombrecillo tan ridículo! ¿Cómo pretende luchar conmigo? De un soplido lo haré desaparecer.

Chascón se enfureció al oír esto. No estaba acostumbrado a que lo trataran de esa manera De modo, pues, que le gritó con furia:

—Ya verás, farsante, lo que va a ocurrirte, si te atreves a hacer algo en mi contra.

El gigante dió un rugido espantoso. Nunca en su vida había tenido una cólera igual. Fué tan tremebundo su rugido que hasta los pájaros huyeron llenos de pavor y un árbol cayó al suelo lo mismo que si lo hubiera derribado un hacha invisible. Al caer, el árbol dió encima de la cabeza del monstruo. Fué un golpe feroz. que resonó en el bosque más fuerte que un cañonazo.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION DIARIOS Y REVISTAS CHILENAS

El Hombre-León se vino al suelo tan largo como era Se le cerraron los ojos y se le abrió la boca, lo mismo que si hubiera muerto. Pero no estaba sino aturdido. Ese fué el instante que aprovechó Chascón.

—Ahora voy a castigarte — le dijo—. Ahora sabrás quién es Chascón.

Y sin pensarlo más, saltó sobre el gigante, que continuaba yerto, de espaldas. Chascón vió que el Hombre-León llevaba un cuchillo en la cintura Se lo sacó inmediatamente y, con certero golpe, le cortó la cabeza. Corrió a chorros la sangre; pero Chascón no se asustaba por tan poco. Tomó la cabeza del pelo y la alzó en el aire. Pesaba más que una enorme bola de plomo.

—Estás vencido, estás muerto, fanfarrón — dijo el heroico muchacho. Ahora ya no harás más fechorías en el bosque.

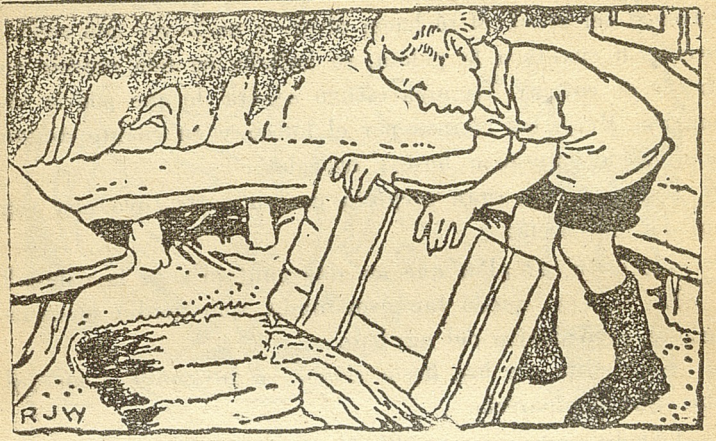
Tarzán, que miraba todo esto, no sabía qué pensar Hasta quiso aplaudir a su enemigo, por su espléndida victoria; pero no se atrevió. ¡Era tan envidioso!

—Ya lo ves, Tarzán — dijo Chascón, entonces—. No hay enemigo invencible para mi fuerte brazo.

En ese momento, en el bosque se hizo una gran claridad y apareció, en medio de ella, una mujer muy hermosa. Chascón le hizo una reverencia profunda, lo mismo que si hubiera sido un caballero de otro tiempo. La dama sonrió. Esto puso a Chascón contentísimo...

(Busque en las páginas centrales la continuación de estas célebres aventuras)

El Bondadoso Señor Peludo



Debajo vió una escalera que se hundía en la tierra.

Tomás e Isabelita jugaban con una pelota mientras atravesaban el bosque.

La pelota, arrojada por Isabelita chocó contra el tronco de un árbol, saltó al aire, fué a caer contra una rama y desapareció en medio del árbol.

—¡Bueno! — exclamó Tomás—. Ahora se ha caído dentro de un árbol hueco. Eres una tonta, Isabelita.

—Dispensa — contestó la niña—. Pero, ¿no podrías encaramarte para recuperar la pelota? Me parece que te será muy fácil, si alcanzas esa primera rama.

Tomás se encaramó por el tronco del árbol, se agarró luego a la rama, pero esta oscilaba tanto, que el niño temió su ruptura.

—Peso menos que tú — exclamó Isabelita—. Baja, Tomás, y subiré yo.

Tomás bajó y luego ayudó a la niña a subir a la rama. Isabelita se balanceó unas cuantas veces y llegó, por fin, al tronco del árbol. Miró hacia abajo y pudo ver que estaba hueco. En cuanto a la pelota, se hallaba en una especie de reborde de corteza. La niña estuvo segura de que podría alcanzarla. Metió las piernas por el hueco y en cuanto estuvo en el borde empezó a buscar la pelota.

Entonces, con gran sorpresa por su parte, oyó una voz enojada que decía:

—¿Quién es? ¿Por qué me das puntapiés en la cabeza?

La niña se quedó tan asombrada, que perdió el equilibrio y cayó dentro del agujero.

—Isabelita ¿te has hecho daño? — preguntó Tomás al notar que desaparecía.

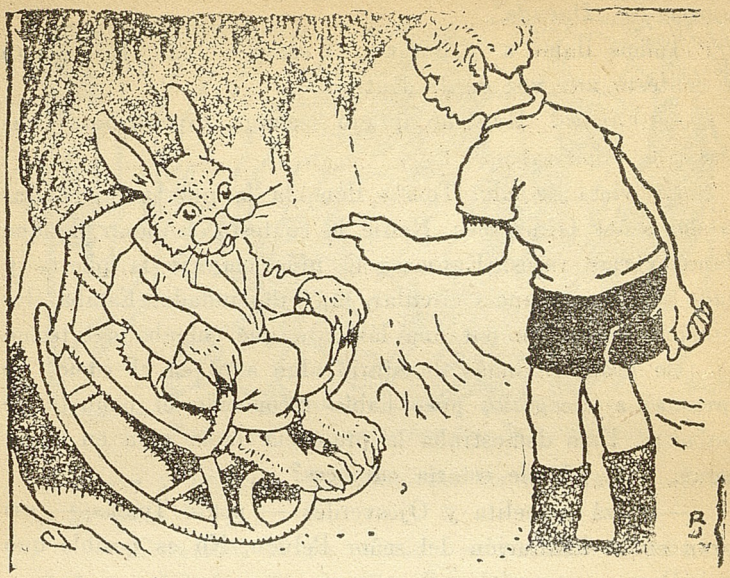
Isabelita no contestó. Tomás, que estaba con el oído muy atento, creyó oír una risita burlona.

—No tengo más remedio que subirme, para ver qué le ha pasado a Isabelita — pensó.

Puso en obra su intención, y al llegar al borde superior del tronco vacío, miró a su fondo, con la esperanza de ver a Isabelita, pero el árbol estaba desocupado.

A su vez, se dejó caer al fondo del agujero. Una vez allí, pudo notar que aquel sitio era espacioso. A tientas dió la vuelta a la pared interior del tronco y, con gran sorpresa, observó que había un banco adosado a las paredes. También encontró un armarito y una mesa plegable.

—¡Dios mío! — exclamó el niño, asombrado—. Alguien ha utilizado este lugar como vivienda. ¿Quién será? ¿Habrá raptado a Isabelita? Si es así, no tengo más reme-



—¡Oh!—exclamó el señor Peludo—hoy no he visto al señor Ojosverdes, ni lo deseo.

dio que intentar su rescate. Pero ¿por dónde habrá salido?

Por más que buscó, le fué imposible hallar puerta alguna. Por último examinó el suelo y entonces vió algo parecido a una trampa. Tiró de ella, la abrió y pudo ver una escalerita que se hundía en la tierra.

—Esto es cada vez más extraño — pensó el niño—. Voy a bajar.

Aquella escalera resultó muy larga, pero, al fin, el niño llegó a un terreno plano. Era un corredor estrecho y tortuoso, que lo condujo ante dos puertas, en cada una de las cuales había una placa de latón.

En la primera el niño pudo leer: "*Señor Peludo*". La otra no era tan brillante y tenía grabado el nombre: "*Señor*

Ojosverdes, Duende".

Tomás llamó a la puerta del señor Peludo. En el acto le contestó una voz desde dentro:

—¡Váyase! Hoy no quiero lechuga ni rábanos. Gracias.

En vista de ello, Tomás llamó a la puerta inmediatata del señor Ojosverdes. Nadie le contestó, a pesar de que llamó varias veces. Entonces el niño empujó la puerta y pudo ver una estancia circular, muy descuidada. Estaba iluminada débilmente por una lámpara que colgaba del techo.

De pronto, Tomás descubrió algo azul en el suelo. Se apresuró a recogerlo, pues había reconocido el pañuelo de Isabelita. Esto demostraba la presencia de la niña en aquel lugar. Pero ¿dónde estaría entonces?

—Quizá Isabelita y Ojosverdes — pensó Tomás — estarán en la habitación del señor Peludo. No es posible que se hallen en otro sitio.

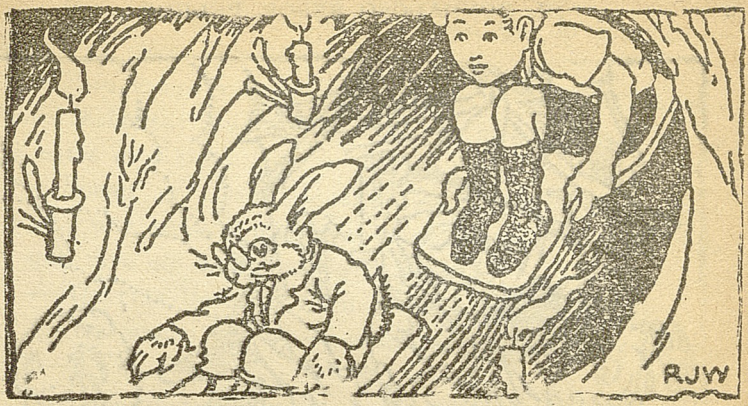
Volvió a llamar a la puerta del señor Peludo y la misma voz le contestó:

—Hoy no, gracias.

Pero Tomás ya no hizo caso de aquella negativa. Abrió la puerta de un empujón y penetró en la estancia. Esperaba ver dos o tres duendecillos reteniendo prisionera a Isabelita, de modo que entró decidido a lo que pudiera ocurrir.

—¡Oh! — exclamó una voz.

Al mismo tiempo, el niño pudo ver algo que se metía debajo de la cama que había en un rincón. A su vez se dirigió allá y pudo agarrar una pata. Tiró de ella y, con gran sorpresa, vió que había cogido a un conejito pardo y temblloroso. Vestía unos calzones azules y una chaqueta amarilla, y sobre el hocico llevaba unas antiparras. Estaba asu-



Tomás se dejó resbalar por la pendiente.

tadísimo y profería exclamaciones de asombro y de mied a la vez.

—¡Caramba, es un conejo! — exclamó Tomás, extra ñado—. ¿Dónde está el señor Peludo?

—Soy yo — contestó el conejo tartamudeando—. Sué tame, porque no he hecho daño a nadie.

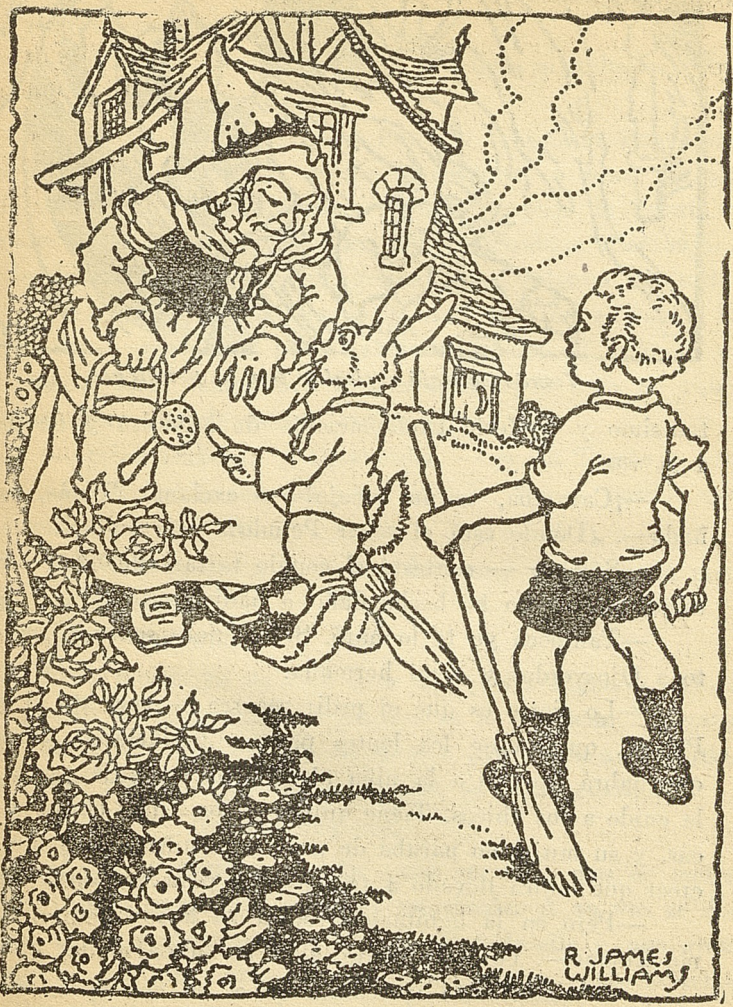
—Tampoco yo te lo haré. Sólo quiero saber si has vi to a Ojosverdes y a mi hermana.

—Lo cierto es que oí pedir socorro — contestó el seño Peludo, quitándose los lentes para limpiarlos—. Supong que habrá llevado a la niña al lado de su mujer, para qu le cuide a los chicos. Tiene quince niños, entre chicos y chi cas, y su mujer no paraba de pedir una niñera. Eso me hac creer que habrá llevado a tu hermana para que sirva de ta

—Pero en la habitación vecina no hay nadie — excla mó Tomás—. Por otra parte, aquí no caben quince niños.

—La habitación inmediata no es su domicilio, sino s oficina. Vive en el extermo del arco iris; muy lejos de aqu

—¿Y cómo podría llegar allá? — preguntó el niño.



—¡Qué susto me has dado!—exclamó la tía Simple.

—Si no sabes el camino, es inútil que lo intentes — contestó el señor Peludo.

—Pero tengo necesidad de ir — respondió Tomás— ¡Pobre Isabelita! No puedo pensar lo sola y triste que se verá entre esos chiquillos.

—Bueno ¿y cómo irás allá? — preguntó el conejo—. Sólo hay una persona que conozca el camino. Es la tía Simple, que vive en la Colina de la Brisa.

—¿Querrás llevarme a su lado? — rogó el niño.

—Con mucho gusto — contestó el señor Peludo, sonriendo—. Ven conmigo.

Oprimió un botón verde que había en la pared de su cuarto y apareció un agujero. Tomás miró a su interior. Le pareció muy obscuro y resbaladizo y, desde luego, no habría podido tenerse en pie allí dentro.

—¿Habré de arrastrarme por ahí? — preguntó.

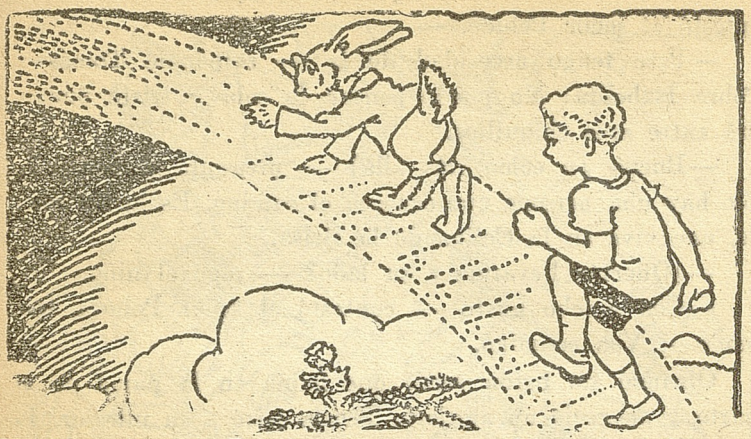
—No hay necesidad.— Esto es como un *tobogán*, que conduce al pie de la colina.

El señor Peludo tomó una esterilla del suelo, se sentó en ella y empezó a descender con la mayor rapidez.

Tomás lo imitó. Puso la esterilla en el agujero y se sentó en ella. Inmediatamente empezó a deslizarse por la pendiente y, a cada momento aumentaba su velocidad. De vez en cuando encontraba en su camino algunas bujías encendidas y sujetas a la pared. La pendiente continuaba con la misma inclinación, y tanta era la rapidez de su marcha, que el niño apenas podía respirar. Luego, por fin, disminuyó la velocidad y fué a detenerse al lado del señor Peludo, que, en aquel momento, se ponía en pie.

—Ven por aquí — dijo a Tomás.

Tomaron un pasillo, que los condujo a una puerta. El conejo la abrió y el niño pudo ver que se hallaban al pie de



Tomás y el señor Peludo empezaron a subir hasta hallarse en la parte superior del arco iris.

una colina. A corta distancia divisó una fila de enormes escobas. El señor Peludo tomó una y se sentó en ella cual si montara a caballo.

—Ven — dijo a Tomás—. Hace demasiado calor para subir a pie. Iremos volando.

Dió un golpe a su escoba y luego se elevó por el aire. Tomás lo imitó, en extremo satisfecho, pero aquel vuelo resultó corto, pues no tardaron en verse en la cima de la colina. Allí el niño pudo ver una casita rodeada de un jardín florido y, en él, a una anciana que regaba sus rosales.

—Buenos días, señora Simple — exclamó el señor Peludo, aterrizando a su lado.

—¡Dios mío, qué susto me has dado! — exclamó la anciana—. ¿Qué quieres ahora, travieso conejo?

—¿Cuál es el camino para ir al extremo del arco iris?— preguntó el señor Peludo.

—Pues busca el principio del arco iris, sube por él y así llegarás al otro lado — le contestó la tía Simple.

Jugando en torno de una casa muy rara, vió un grupo de niños duendes y, con ellos, estaba Isabelita.

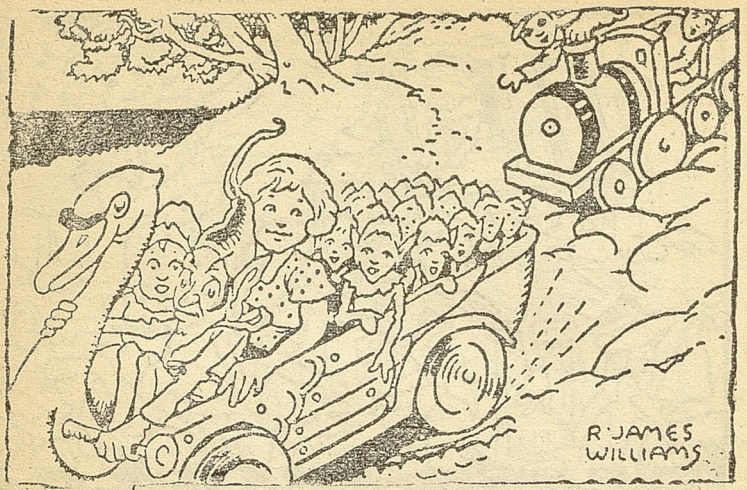
—¿Y dónde está el principio? — le preguntó el señor Peludo.

—Búscalo — le contestó la tía Simple, señalando a la izquierda con su regadera.

Tomás y el conejo miraron y, en el acto, pudieron descubrir el brillante arco iris, que se iniciaba en el otro lado de la colina.

Echaron a correr, temerosos de que se desvaneciera, y al llegar a él, Tomás pudo ver que en el arco iris había unos escalones. Temió que no sostuvieran su peso, porque el arco iris parecía algo muy delicado, pero, con gran sorpresa, observó que se había engañado.

El y el conejo emprendieron la ascensión y no tardaron en llegar a la parte superior del arco iris. Desde allí pudo ver a gran distancia la casita donde vivía la tía Simple.



El tren corría cada vez más, saltando por encima de las piedras

—Ahora vamos a dejarnos resbalar por el otro lado —dijo el señor Peludo.

En cuanto recobró la inmovilidad, el niño miró a su alrededor y a corta distancia, vió una casita que parecía a punto de caerse. En torno de ella había una tropa de niños duendes, de todas estaturas; tenían los ojos verdes y brillantes y el cabello rubio. Y, con ellos, se hallaba Isabelita.

—¡Isabelita! ¡Isabelita! — gritó Tomás—. ¡He venido a rescatarte!

—¡Tonto! — exclamó el señor Peludo—. ¿Por qué gritas así? Ahora ya has avisado al duende y a su mujer de nuestra presencia. Y se apoderarán de tu hermana antes de que lleguemos a su lado.

Así ocurrió en efecto, porque, al oír los gritos de Tomás, el señor Ojosverdes y su mujer salieron de la casa, se apoderaron de Isabelita y llamaron a los niños, que se apresuraron a subir a una especie de automóvil que había a cor-

ta distancia. Por su parte anterior tenía la forma de un cisne, de modo que Tomás se preguntó cómo podría el duende guiarlo, porque el cuello del animal se erguía delante del volante de dirección.

El automóvil emprendió la marcha, en tanto que Tomás y el conejo miraban sin saber qué hacer.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? — preguntó el niño.

—Sígueme y tomaremos el tren — contestó el conejo, cogiéndolo del brazo—. Ya oigo llegar uno.

—Pero ¿aquí hay línea de ferrocarril? — preguntó el niño, asombrado.

—No, mira, aquí viene el tren. Pero no corre sobre rieles.

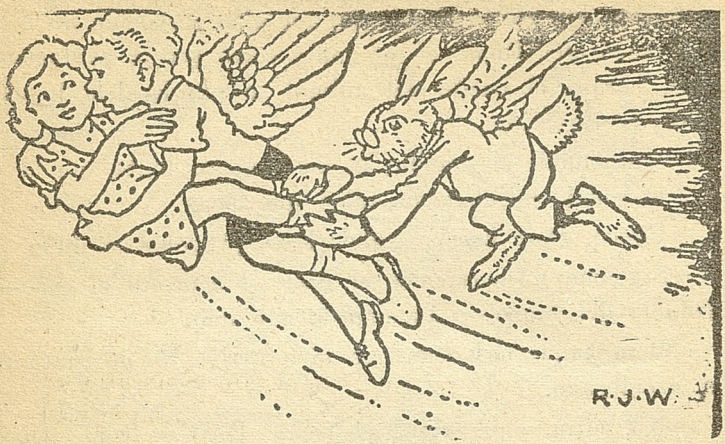
Tomás miró y, con la mayor extrañeza, vió una gran locomotora de madera, que llegaba arrastrando una serie de vagones de carga, de color rojo, ocupados por duendecillos y animales. El último vagón estaba desocupado y a él se subieron Tomás y el señor Peludo. El maquinista los miró y preguntó a gritos:

—¿A dónde queréis ir?

El señor Peludo le dió instrucciones de que siguiese al señor Ojosverdes y, en el acto, el maquinista emprendió la persecución.

Este, mientras tanto, corría, saltando por encima de las piedras y sacudiendo a los pasajeros. Su marcha era superior a la del automóvil del duende, de modo que, en breve, todos los pasajeros se sintieron excitados con la esperanza de que ya iban a alcanzarlo.

De repente el duende dirigió su coche hacia un lago que había a corta distancia y Tomás al verlo, empezó a gritar,



Tomás cogió en brazos a su hermana y echó a volar con ella, con toda la rapidez posible.

temeroso de que su hermana se ahogase. Pero no fué así, porque el automóvil en forma de cisne empezó a nadar, en cuanto se puso en contacto con el agua. El tren, por su parte, que era de madera, se metió, asimismo, en el lago, en donde flotó perfectamente, de modo que nadie pareció preocuparse por aquel suceso.

Cuando menos lo esperaba Tomás, el automóvil del duende desplegó unas grandes alas y emprendió el vuelo. Los pasajeros del tren empezaron a dar gemidos de desencanto, puesto que el tren no tenía alas, pero un duendecillo que iba en el vagón inmediato al de Tomás, pasó al lado del niño y, al mismo tiempo, sacó dos pares de alas.

—Dejadme que os las ponga a ti y al conejo — dijo—. Son muy fuertes y, de esta manera, podréis perseguir al cisne.

En un abrir y cerrar de ojos se las puso, de modo que el niño y el conejo emprendieron el vuelo sin ninguna difi-

cultad. El señor Ojosverdes no sospechaba que también por el aire era perseguido, pero, al descubrirlo, dió un grito de rabia. Casi en el mismo instante, Tomás logró situarse sobre el cisne y, agarrando a su hermanita por debajo de los brazos, la levantó, huyendo al vuelo con toda la velocidad que le fué posible.

—¡Cuánto me alegro, Tomás, de que hayas venido a salvarme! — dijo Isabelita—. En el tronco del árbol había un duende muy malo, que me llevó a un cuartito muy pequeño. Allí hizo aparecer una puerta en la pared, por la que me obligó a pasar. Luego, con su magia, hizo invisible aquella puerta para que tú no me pudieses seguir y me dijo que yo sería la niñera de sus niños. Sin embargo, siempre estuve segura de que vendrías a salvarme.

—¡Naturalmente! — dijo el niño—. Pero pesas mucho. Vale más que tomemos tierra, porque, de lo contrario, no podría seguir sosteniéndote.

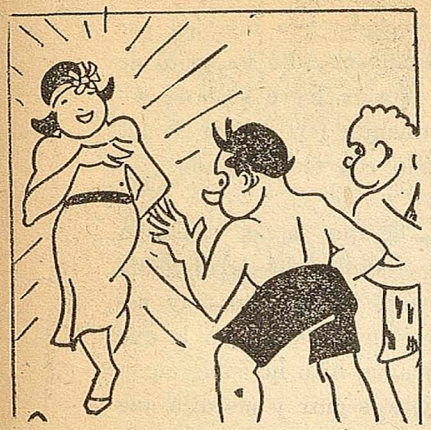
En efecto, descendió; en cuanto estuvo en el suelo miró a su alrededor y pudo ver algo extraordinario. Estaba sentado en el campo inmediato a su jardín, es decir, delante de su casa.

—¡Qué raro! — exclamó Tomás—. ¡Caramba! ¿Qué les sucede a mis alas?

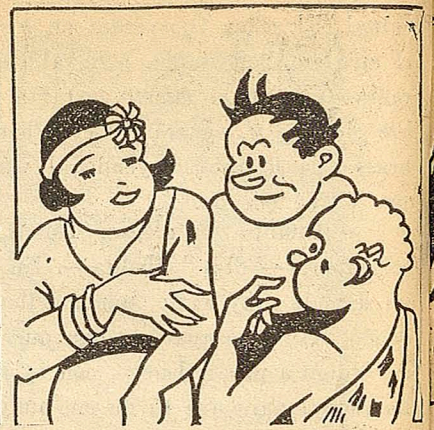
Estas se separaban suavemente de su espalda y por fin, cuando ya estuvieron sueltas, emprendieron el vuelo.

Los dos niños entraron en su casa y a los pocos instantes comunicaron a su mamá la historia de sus extrañas aventuras.

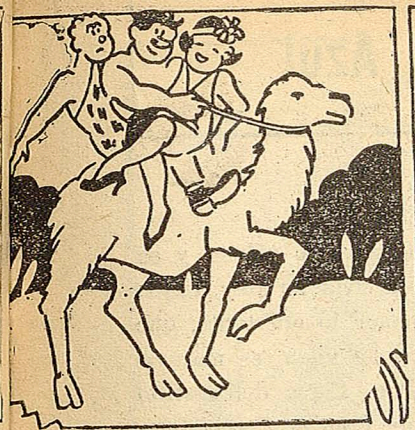
LA PRINCESA DE LOS DIAMANTES



1.—Apenas Chascón hubo cortado la cabeza horrible del Hombre-León, una luz vivísima apareció en el bosque y, al centro de esa luz, una mujer muy hermosa.

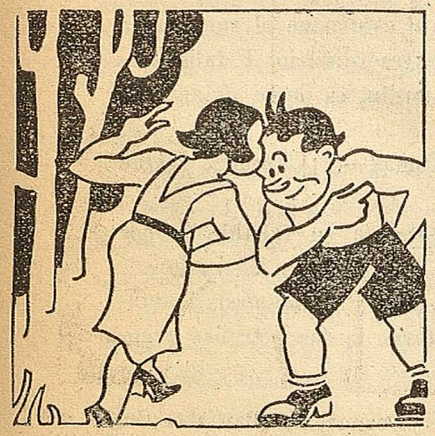


2.—"Soy la Princesa de los Diamantes" — dijo la linda mujer. "Quién de ustedes dos me ha desencantado, al matar al Hombre-León?



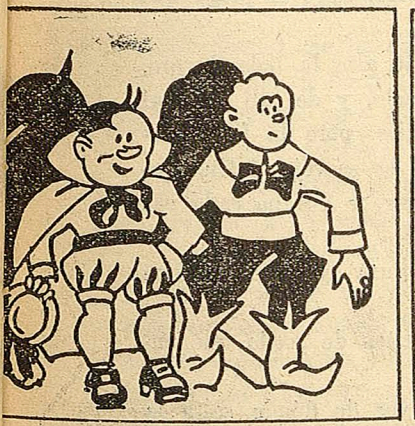
3.—A la salida del bosque se encontraron con un camello enorme, que los condujo al trote hasta el palacio de la Princesa.

6.—El Rey estaba sentado en su trono cuando apareció su hija la Princesa. El Rey ordenó que se preparara un festín.



3.—Chascón hizo una reverencia, manifestándole que había sido él. Entonces la Princesa se acercó y le dió un beso en la frente.

4.—"Quiero volver a mi palacio" — dijo la Princesa. Y sin más trámites se puso en camino, seguida de Chascón y de Tarzán.



7.—A Chascón y Tarzán que andaban casi en cueros hubo que vestirlos como a Príncipes, para que asistieran al festín.

8.—Después los llamó el Rey y les dijo: —"Uno de ustedes dos tendrá que casarse con mi hija El más fuerte será el elegido".

¿Qué pruebas les exigió el monarca?... ¿Qué sucederá?

El Príncipe Azul

En unos tiempos que han pasado para no volver, y en los que se cumplían todavía los deseos, vivía un Rey, cuyas hijas eran todas hermosas; pero la menor lo era tanto, que el mismo sol, que tantas caras bonitas ha visto, se maravillaba cada vez que iluminaba su rostro. Cerca del castillo real había un bosque grande y sombrío, y en éste, a la sombra de un viejo tilo, un pozo. Cuando hacía mucho calor, iba la hija del Rey al bosque, se sentaba a la orilla del fresco pozo, y cuando se aburría, cogía una bola de oro, la tiraba a lo alto, y la volvía a coger. Era este el juego que más la divertía.

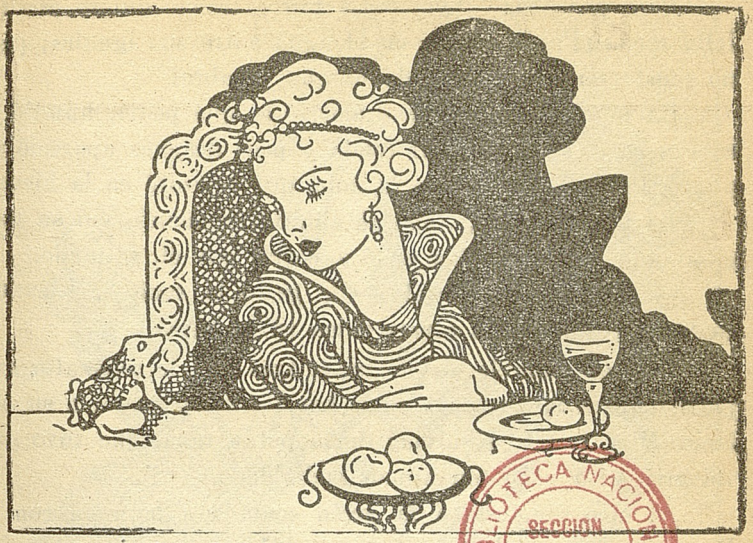
Sucedió una vez que al tirar a lo alto la bola de oro, no cayó en sus manos, sino en el suelo, y de allí rodó al agua. Siguióla la Princesa con los ojos, pero la bola desapareció, y el pozo era tan hondo, que no se veía el fin. Entonces la hermosa niña comenzó a llorar, y lloraba cada vez más alto, sin poderse contener.

Cuando se quejaba con más amargura oyó una voz que la dijo:

—¿Qué tienes, Princesita, que gritas de modo que enterneces las piedras?

Miró la niña en derredor, para ver de dónde salía la voz, y vió una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza.

—¡Ah! ¿Eres tú, vieja azota-agua? Lloro por mi bola



Se subió a la mesa con todo descaro.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION GALERIA CHILE

de oro, que se me ha caído en el pozo.

—Cállate, y no pongas motes — contestó la rana—; yo puedo ayudarte; pero ¿qué me das si te saco tu juguete?

—Lo que quieras, querida rana — dijo la niña—: mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas, y hasta la corona de oro que llevo puesta.

La rana contestó:

—No quiero tus vestidos, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si quieres amarme y tenerme contigo como amiga y compañera en tus juegos, sentarme a tu mesa, darme de comer en tu plato de oro, de beber en tu copa y acostarme en tu lecho, bajaré al pozo y te subiré la bola de oro.

—¡Ah! — dijo ella—. Te prometo todo lo que quieras si me devuelves la bola.

Pero pensaba: "¡Qué cosas tan extrañas quiere esa infeliz rana! ¡Puede cantar en el agua entre sus iguales; pero no puede ser compañera de ningún hombre!"

La rana, cuando se le prometió lo que pedía, hundió la cabeza en el agua, bajó al fondo y poco después apareció de nuevo, llevando en la boca la bola, que depositó en la hierba.

La hija del Rey, llena de alegría en cuanto vió su hermoso juguete, lo cogió y echó a correr con él, saltando.

—¡Espérate, espérate! — le gritó la rana—. Llévame contigo; yo no puedo correr como tú lo haces.

Pero de nada la sirvió gritar tras ella lo más alto que pudo, porque la Princesa no le hacía caso, y corría a su palacio. Muy pronto se olvidó de la pobre rana, que tuvo que volverse a su pozo con humor endiablado.

Al otro día, estaba la joven sentada a la mesa con el Rey, su padre, y los cortesanos, y al comer en su plato de oro, oyó subir una cosa por la escalera de mármol. Cuando aquella cosa llegó arriba, llamó a la puerta, y exclamó:

—Hija menor del Rey, ábreme.

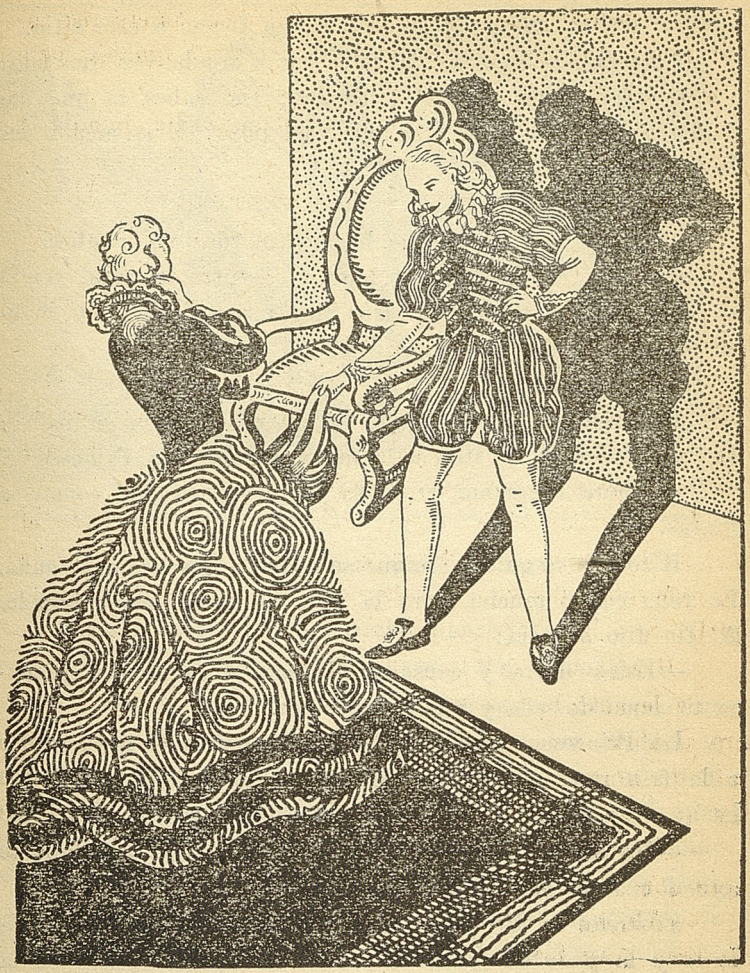
Se levantó la Princesa y quiso ver quién estaba fuera; pero al abrir, vió a la rana. Cerró la puerta corriendo y se sentó de nuevo a la mesa con mucho cuidado. Notando el Rey que el corazón de la niña latía fuertemen, le dijo:

—Hija mía, ¿qué tienes? ¿Hay a la puerta algún gigante que viene por ti?

—¡Ah, no! — contestó —, no es ningún gigante, sino una rana muy fea.

—¿Y qué quiere, qué espera de ti esa rana?

—¡Ay, amado padre! Cuando estaba ayer jugando en el bosque, junto al pozo, se me cayó mi bola de oro. Y como lloraba, la rana me la subió, después de haberme exigido



Era un príncipe maravilloso

promesa de que sería mi compañera; pero nunca creí que pudiera salir del agua. Ahora ha salido, ha llegado hasta

aquí, y contra mi gusto, se empeña en llegar a este sitio.

Entre tanto llamaba la rana por segunda vez diciendo:

—Hija menor del Rey, ábreme: ¿no sabes lo que me dijiste ayer junto a la fría agua del pozo? Hija menor del Rey, ábreme.

Entonces dijo el Rey:

—Debes cumplir lo que has prometido; ve, y abre.

La niña fué y abrió la puerta, y entró la rana, yendo siempre junto a sus pies hasta llegar a su silla. Se sentó en el suelo, y dijo:

—Levántame.

La niña vaciló hasta que lo mandó el Rey, su padre: La rana saltó de la silla a la mesa, y dijo a la Princesa:

—Ahora acércame tu plato de oro para que comamos juntas.

Hízolo en seguida, aunque se conocía que de mala gana. La rana comió mucho, pero la niña no podía pasar bocado. Al fin dijo la rana:

—Estoy harta y cansada: llévame a tu alcoba, prepara tu cama de seda y allí dormiremos.

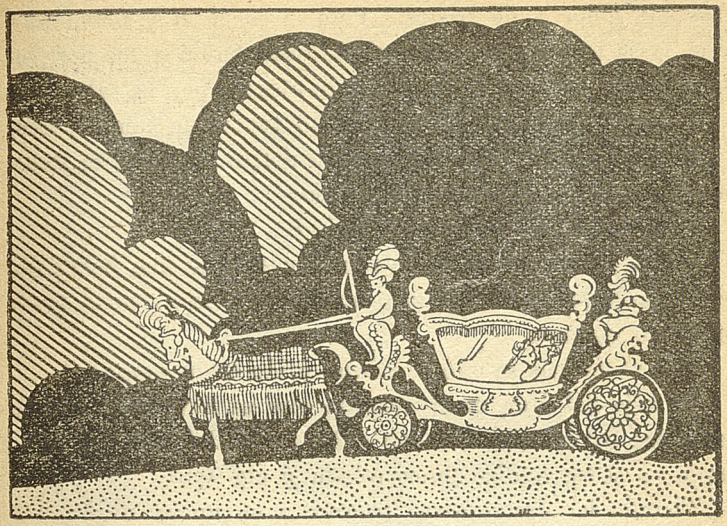
La Princesa comenzó a llorar, demostrando gran miedo a la fría rana que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el Rey se incomodó muchísimo, y dijo a su hija:

—No obras bien despreciando de ese modo a la que te ayudó cuando necesitaste su auxilio.

Entonces la Princesa cogió a la rana con dos dedos, la llevó y la puso en un rincón. Pero en cuanto estuvo en la cama, se acercó la rana arrastrando, y la dijo:

—Estoy cansado; quiero dormir tan bien como tú; súbeme o se lo digo a tu padre.

La Princesa se incomodó mucho, la cogió y la tiró con-



Fueron muy felices, desde entonces

tra la pared con todas sus fuerzas, diciendo:

—Ahora descansarás de una vez, rana asquerosa.

Pero cuando cayó al suelo la rana se convirtió en un jóven Príncipe, con ojos hermosos, facciones agradables y gallarda apostura, que fué desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo, y le contó que había sido encantado por una mala hechicera, y que nadie podía sacarle del pozo sino ella; que al día siguiente se marcharían a su país juntos. A la mañana siguiente, cuando el sol les despertó, se metieron en un coche tirado por ocho caballos blancos, que llevaban plumas blancas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el criado del joven Rey, que era el fiel Baltasar. Este se había afligido tanto cuando su señor fué convertido en rana, que se había

puesto tres barras de hierro encima del corazón para que no saltase de dolor y de tristeza. Pero el joven Rey debía hacer el viaje en su coche; el fiel Baltasar subió a los dos, se colocó detrás de ellos e iba lleno de alegría por la salvación de su amo. Cuando habían andado un trecho de camino, oyó el hijo del Rey una cosa que sonaba detrás, como si se rompiera algo. Entonces se volvió y dijo:

—Baltasar, ¿se ha roto el coche?

—No, señor; no se ha roto el coche, sino una barra de las que puse sobre mi corazón cuando estuvisteis en el pozo convertido en rana.

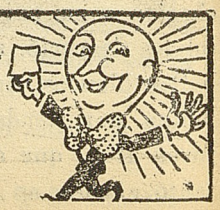
Dos veces más se oyó el mismo ruido en el camino.

El hijo del Rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las barras que saltaban del corazón del fiel Baltasar, porque su señor estaba desencantado y era feliz.

Cuando los dos esposos llegaron a su nueva residencia, la joven la encontró tan lujosa que le pareció una maravilla. Allí, completamente dichosos, vivieron largos años.

LUCERITO WATT

Dice: *Para tener opción al Concurso bastará recortar el Cupón que publicaremos en el próximo núm*



VEA LA PAGINA 31

El Fantasma Quiscoso

Observe con atención cada cuadrito y así sabrá lo que le ocurre al fantasma

La Mariposa Nocturna

Níspero era un niño de ojos brillantes y vivos, que en sus cajas de cristal poseía la mejor colección de mariposas.

Conocía la vocecita de esas aleluyas volanderas, que son las mariposas, y conocía el murmullo amable y cariñoso de la charla de mariposas y flores cuando se juntaban para hablar como dos Princesas de cuento.

Y sus cajas, en vez de tener ese frío aspecto de figuras geométricas y formaciones militares que tienen las cajas de los sabios naturalistas, parecían adornos y macizos de jardín cubiertos con las mejores flores.

¡Qué bien combinaba los colores!

Pero una muchachita del Colegio, llamada María Angélica, gran trabajadora y aficionada a los estudios de la Historia Natural, vino a hacer aguzar el ingenio de Níspero.

El entusiasmo de la colegiala casi había conseguido últimamente mejores o tan buenos ejemplares como los suyos.

Había que buscar nuevas mariposas que ella no tuviera; había que conseguir la mejor colección.

De ahí que, hasta de noche, Níspero buscara por el suelo, cerca de los focos de luz, la sombra de algún nuevo ejemplar.

Y apareció el ejemplar nocturno.

Era negro, como el terciopelo negro; grande y con un dibujo maravilloso en las alas, que parecía hecho con perlas y brillantes.

Níspero era el mejor cazador de mariposas

Níspero se descalzó y se fué en busca de su negra manga cazamariposas.

Tenía siete mangas, para que cada una, de un color distinto, disimulara sobre cada color del cielo:

Una *Azul*, para las mañanas azules y claras.
Una *Amarilla*, que era la de las siestas brillantes de Sol.
La *Gris*, para los días nublados.
Otra *Violeta*, para los atardeceres tristones.
La de color *Naranja*, para los amaneceres anaranjados
La *Verde-Plata*, para las noches de hermosa Luna
Y una *Negra*, para las noches tenebrosas.

¡Qué negra era la de las noches oscuras!

Con ella, y descalzo, se acercó misteriosamente.

Pero el insecto magnífico comenzó a subir por la vertical.

Esto se repitió varias noches. Y, claro, después, Níspero sufría insomnios, o soñaba.

Soñaba que había cazado la más bella mariposa... y ¡qué pena al despertar!

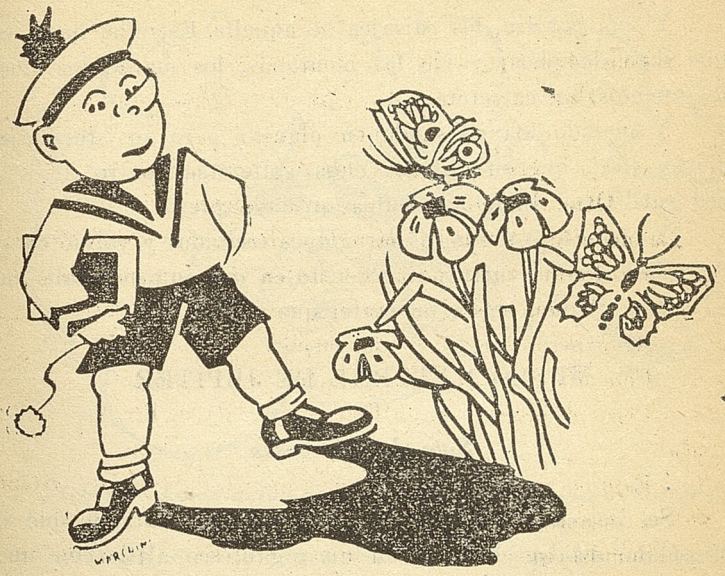
Entretanto, María Angélica, dejando sueños inútiles a un lado, llevaba al Colegio nuevos y bellos ejemplares.

Y Níspero, sin hablar jamás de la mariposa nocturna, que era su verdadera preocupación, lo que parecía era preocupado por las ventajas de su compañera.

Y entonces fué cuando decidió algo extraordinario; algo que no le dejase con la boca abierta viendo cómo el nocturno insecto subía y subía y se perdía en la noche.

Compró un magnífico aeroplano y lo llegó a dominar de

tal forma que en los dias de calma dejaba estampada su firma y su rúbrica velozmente, con un humo encarnado y especial que el motor dejaba flotando muy quieto en el aire.



Por todo lo cual, consiguió las mariposas más lindas

Llegó la mariposa y Níspero salió en su busca, esgrimiendo en la mano derecha la manga de las noches oscuras y en la izquierda el mando del avión.

Pero..., ¡qué lista la mariposa! ¡Qué modo de subir en línea recta! ¡Qué extraordinaria velocidad!...

Níspero soltaba toda la marcha y hasta daba empellones con el cuerpo para subir más y más...

Y ¡nada!... Unas veces le faltaban dos, tres metros para alcanzarla; otras veces diez, quince, veinte...

Pero él no se rendía.

Y he aquí que empezó a ver agrandarse exageradamente una, a la que el mariposón de bello terciopelo y perlas y brillantes parecía dirigirse.

Y vió, por fin, los paisajes de aquella Estrella, hacia la que iban derechos; y vió las montañas, los mares, los ríos, los pueblos, las carreteras...

Y cuando iba pensando en planear para su aterrizaje, sintió, ¡oh!, que su aparato daba volteretas dentro de una red sutilísima, en la que había quedado preso.

Y cuando se serenó de los golpes recibidos y volvió en sí del mareo de las vueltas se encontró en una inmensa sala con su título y todo, según un cartel que decía:

MUSEO NATURAL DE JUPITER

Sala de Mariposas

Se despabiló del todo al fin y se dió cuenta de que el aeroplano estaba clavado con un gigantesco alfiler en una descomunal caja de cristal, entre varias mariposas también descomunales.

Se puso a escuchar y advirtió que dos hombres, cincuenta veces más grandes que el padre de Níspero, se decían así:

Este curioso ejemplar que acabo de cazar es el más raro que existe en el Museo de Júpiter.

—¿Y de qué ardid te has valido para atraparlo?

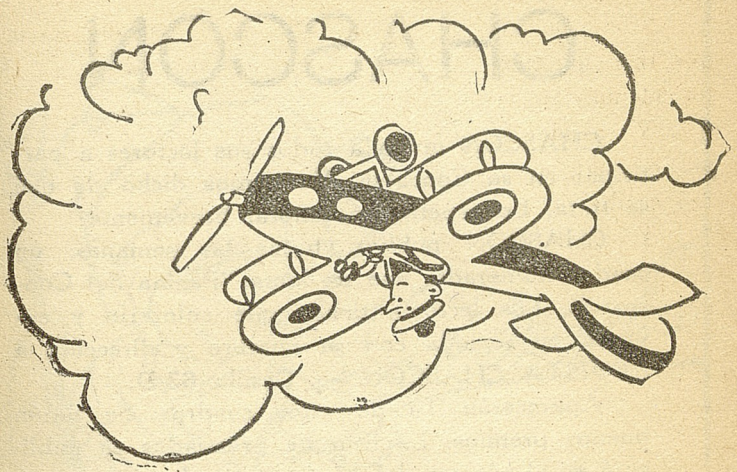
—Descolgando hacia la Tierra, como cebo, una linda mariposa hecha de trapo, vidrios y perlas falsas.

Níspero se quedó estupefacto al oír aquello.

Toda su picardía para coger el mariposón nocturno

había caído bajo la trama de aquel habitante de Júpiter.

Y si el muchacho pudo bajar otra vez a su Astro, fué



Níspero salió en avión persiguiendo a la Mariposa Nocturna

porque, sin que se enteraran aquellos gigantes, se cogió a la nueva mariposa trapera cuando la descolgaban en busca de un nuevo aeroplano.

Y en llegando a la Tierra mordió la cuerda y se quedó con el ejemplar de terciopelo, aunque no fuera más que como recuerdo del gran viaje.

EL CONCURSO de CHASCON

CHASCON invita a todos sus lectores a participar en su Concurso. Ya hemos dicho de qué se trata. Lo repetiremos ahora, brevemente:

CHASCON publica, todas las semanas, un cuadro numerado, que se llama "Página del Concurso". Los lectores tienen que colorarlo y enviarlo en seguida con su nombre y dirección a REVISTA CHASCON — **Casilla 63-D.**

Aparecerán 16 de estos cuadros. Se darán buenos premios. La lista de premiados se publicará en el número del 17 de septiembre.

El Primer Premio consiste en una hermosa bicicleta que se exhibe en las vidrieras de la Editorial Ercilla (Agustinas 1639). Obtendrá este premio el que colore mejor los 16 cuadros.

Habrá más de 100 premios muy interesantes para los que hayan colorado un poco menos bien estos cuadros del concurso, como asimismo para los que no envíen sino algunos. A estos últimos concursantes se les exigirá que sea excelente la coloración de los cuadros que envíen.

Póngase, pues, al trabajo y trate de ser el que mejor colore los 16 cuadros de la Página del Concurso.

PAGINA DEL CONCURSO

(CUADRO N.o 10)

Pinte este cuadro, póngale su nombre y dirección y envíelo a esta revista

¡Papito!...

. . . mi abuelito tiene la culpa de que te duela la vista, porque no te hizo estudiar con buena luz cuando eras chico . . .

YO NO QUIERO QUE ME PASE LO MISMO!

Tienes razón hijito; pediré a la

CIA. CHILENA DE ELECTRICIDAD LTDA.

un estudio de la intensidad luminosa que se debe emplear en nuestro hogar.